

# EL VIAJE POR ESPAÑA DE DAVILLIER Y DORÉ

**Juan Sanmartín Bastida**  
*Universidad Providence, Taiwán*

## RESUMEN

Entre los libros de viajeros extranjeros en la España del siglo XIX sobresale el *Viaje por España* de los franceses Charles Davillier y Gustave Doré, resultado de un viaje realizado en 1862. Se publicó primero por entregas en el semanario *Le Tour du Monde* entre mediados de aquel año y 1873. En 1874 fue publicado por primera vez como libro, con el nombre *L'Espagne*, y en su segunda edición de 1875 recuperó el título original de *Voyage en Espagne* que había tenido en la revista. Aunque está escrito por Davillier e ilustrado por Doré aparecen ambos como autores y por orden inverso desde la primera entrega en *Le Tour du Monde* en julio de 1862, ya que Doré era un renombrado artista más conocido

que el anticuario y coleccionista Davillier y seguramente también porque este último consideraba que lo más valioso de la obra eran los dibujos. En efecto, la obra es especialmente famosa por esas ilustraciones, no por la calidad literaria, y como tal recibe la mayor atención en los estudios de Historia del Arte. En el presente artículo, sin embargo, nos interesa el contenido del libro por su texto, no por sus ilustraciones. Lo comentaremos primero en su conjunto y luego siguiendo el recorrido del viaje por las diferentes regiones de España, que no corresponde a la división en capítulos del libro, poniéndolo además en relación con los otros libros de viajes de extranjeros en la España decimonónica.

## 1.- LOS LIBROS DE VIAJES DE EXTRANJEROS EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

Hasta la segunda década del siglo XIX no se publicaron excesivamente libros de extranjeros narrando su experiencia de viaje y estancia en España, «libros de viaje». Este género nació y creció paralelamente

al auge del turismo, una actividad inventada, en cierta forma, por los ingleses con su *Grand Tour*: el viaje que desde el siglo XVII hacían por Europa los jóvenes de familia noble con el propósito de completar su formación académica. España estaba excluida del *Grand Tour* porque el viaje se hacía por los lugares que representaban lo «bello», aquello ajustado a los cánones de la belleza clásica, que estaban en Francia e Italia principalmente. En el siglo XVIII se afianzan en la literatura y el arte dos nuevas categorías estéticas, lo «sublime» —algo con grandeza, de enormes proporciones y formas irregulares, que trasciende la belleza— a principios de la centuria y lo «pintoresco» al final de ella. En esta última categoría se situó a España y el país comenzó a atraer a viajeros en busca de lugares representativos de lo pintoresco, que según la definición que estableció William Gilpin calificaba algo que merecía ser pintado porque agradaba a la vista. El primer y más famoso ejemplo de un libro sobre una España pintoresca siguiendo esa definición es el *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* del francés Alexandre de Laborde, publicado en cuatro volúmenes entre 1806 y 1820 sobre varios viajes realizados bajo el mecenazgo del Gobierno de Manuel Godoy en el reinado de Carlos IV. Aunque Laborde, de padre español y hablante del idioma, aparezca como el autor, el *Voyage pittoresque* fue obra colectiva de un equipo formado fundamentalmente por artistas que él dirigió. El título refleja a la perfección su contenido: el texto aparece como acompañante de lo realmente importante, más de novecientos grabados de varios dibujantes de lugares, monumentos, ruinas o paisajes que merecían ser pintados, es decir, lo pintoresco del país (González Moreno, B. y F. González Moreno).

Después de la Guerra de Independencia, desde la segunda década y hasta el último cuarto del siglo XIX, se produce una eclosión de viajes de extranjeros a España, la mayoría de ellos franceses e ingleses, que venían para contar en libros lo pintoresco del país. Estas obras fueron en su gran

mayoría muy diferentes a la de Laborde. En ellas solo hay texto o prima el texto, lo pintoresco no es pintado sino narrado y ese término adquiere un nuevo significado: lo peculiar de España respecto al resto de la Europa Occidental en tipos populares, costumbres, tradiciones, gastronomía, fiestas, clima, carácter de los habitantes, etc., a lo exótico y oriental del país por el énfasis que se hace en la pervivencia de lo árabe o moro. Recogen de un modo por lo general claramente exagerado lo que se convertirá en «lo típico y lo tópico» de España. Varias investigaciones hechas sobre esos libros de viaje en fechas relativamente recientes coinciden en destacar que franceses e ingleses iban a España predispuestos a buscar un país de gitanos, toreros y bandoleros, con rasgos árabes en la arquitectura y en sus gentes, con restos de fanatismo religioso, atrasado en todos los órdenes, etc., «la idiosincrasia española basada en un romanticismo de pandereta» en palabras de Sanz Serrano; que escribían más sobre lo que deseaban ver por los prejuicios y estereotipos que traían que sobre lo que realmente veían, contribuyendo así unos tras otros al grado de exageración de lo pintoresco —en el nuevo sentido de la palabra—, oriental y exótico del país y al reforzamiento de dichos prejuicios y estereotipos; que una mayoría asumía estos con tal grado de exageración por una absoluta falta de erudición sobre un país al que iban unas pocas semanas para un corto viaje; y que se tendía a identificar Andalucía, o más correctamente las provincias de Sevilla, Córdoba, Granada y en menor medida Málaga, con el conjunto de España y a pasar en la región gran parte del escaso tiempo del viaje. Este tipo de libros de viajes comienza a desaparecer a partir de la década de 1870, cuando el desarrollo económico del país empieza a hacer perder para ingleses y franceses lo más pintoresco de España.

Mucho de lo destacado en esos trabajos relativamente recientes, las exageraciones, fábulas, ignorancia sobre España y ciertos prejuicios y estereotipos, era algo que ya recibía críticas y provocaba el enfado de

los españoles de la época que tenían el privilegio de leer esos libros, pues aún no estaban traducidos. Sirvan, por ejemplo, el largo texto con humor e ironía con el que Mesonero Romanos describe al viajero francés en sus *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica* (1841):

(...) entrando luego en las provincias vascongadas (...) empieza a trazar su larga serie de cuadros *originales*, traducidos de Walter Scott, apropiándose (...), todo cuanto aquel dice de los montañeses de Escocia, aplicando a estos unos cuantos nombres acabados en *charri* o en *echea*, y hágote vizcaíno o guipuzcoano (...) Adelantando camino, nuestro intrépido viajero cuenta cómo luego se enamoró de él perdidamente la hermosa *doña Gutiérrez*, hija de *don Fonseca*, con las aventuras a que dieron lugar los celos de *Peregillo el toreador* (...) Subiéndose después a las torres de la catedral de Burgos (...) nos cuenta como el Cid fue un caballero muy célebre (...) pocos años después de la rendición de Granada (...) Sale por fin de Burgos y durante el camino se desencadena contra la ignorancia del pueblo (...) y se queja de que no ha encontrado ladrones por el camino, faltando a su viaje este *colorido local* (...) llega por fin a Madrid y (...) A propósito de *el Prado* nos revela que es un paseo muy hermoso poblado de naranjos y cocoteros (...) Habla luego de la Puerta del Sol, donde dice que presencié corrida de toros en que murieron catorce hombres y cincuenta caballos (...) Por este estilo siguen en fin nuestros gállicos viajeros, *daguerreotipando* con iguales exactitud nuestras costumbres, nuestra historia, nuestras leyes, nuestros monumentos, y después de permanecer en España un mes y veinte días (...) apreciando, como es de suponer, con igual criterio tan vasto espectáculo (...) regresan su país (...) y al presentárseles de nuevo sus editores mandatarios, responden a cada uno con su ración correspondiente de España.

Uno de los escritores con su correspondiente libro de viaje que menciona y critica Mesonero Romanos en la última edición corregida y aumentada de 1861, veinte años después de la primera, es Théophile

Gautier por su *Voyage en Espagne* de 1843. Ya en el primer capítulo del mismo, que transcurre en Guipúzcoa y Álava, Gautier muestra los prejuicios y pocos conocimientos de España con los que entra en el país vecino: en Irún, las tejas forman un almenado «de un aspecto extraño y morisco» y «todo está encalado, según la costumbre árabe»; el carruaje que coge allí no lo llevan caballos, sino «diez mulas afeitadas hasta la mitad del cuerpo»; oye un ruido extraño e inexplicable que finalmente descubre que lo hace un carro de bueyes «con las ruedas maullando horriblemente por falta de grasa, pues el conductor prefería, sin duda, poner la manteca en la sopa», un ruido que no desagrade a los habitantes del lugar, a quienes «les suena tan armonioso como a nosotros los ejercicios de un violinista»; pasan por Vergara, en donde ve por primera vez a un sacerdote español cuyo aspecto describe como grotesco; en el monte por el que cruzan a Álava ve un campanario «cuya forma sarracena resulta bastante pintoresca»; y en Vitoria, su daguerrotipo causa «gran inquietud a los aduaneros; lo examinaban con extrema precaución, como si temieran que explotara en cualquier momento. Creo que lo tomaban por una máquina eléctrica».

Otras obras también muy conocidas, en este caso del hispanista inglés Richard Ford, son *Handbook for Travellers in Spain, and Readers at Home*, parte de la famosa colección de libros y guías de viaje del editor John Murray y que se reeditó varias veces desde 1845, y *Gathering from Spain* publicado un año después. El *Handbook* ofrece muchas rutas de viaje fruto de los varios años que pasó Ford viviendo en España y también, como se destaca junto al título «describe el país y ciudades, los nativos y sus costumbres; las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura, deportes y gastronomía; con noticias sobre la historia española». En 1846 publicó *Gathering* con material del *Handbook* y otros nuevos. Ford muestra tener muchos conocimientos de España, pero enfatiza aspectos negativos como el fanatismo religioso, el atraso del

país y la desunión de sus partes, temas estos que resultaron de interés al intelectual de la Generación del 98 Enrique de Mesa, que tradujo y prologó *Gatherings* para ser publicado como *Cosas de España (el país de lo imprevisto)* en 1922.

Junto a las obras de Gauthier y Ford, el *Voyage en Espagne* de Davillier y Doré ha quedado posiblemente como uno de los tres o cuatro libros de viajes de autores extranjeros más importantes del siglo XIX, pero más por las ilustraciones que por el texto, y es este último lo que queremos comentar en el presente trabajo. Se publicó bastante después de la última edición revisada del libro de Mesonero Romanos, y nos aventuramos a suponer que a este le habría supuesto una mejor opinión del resto de obras de viajeros franceses.

## 2.- EL VIAJE POR ESPAÑA DE DAVILLIER Y DORÉ: UNA VISIÓN EN CONJUNTO

El barón Charles Davillier (Rouen, 1822-París, 1883) ha sido reconocido, al igual que Ford, como un hispanista, y en su caso alguien decididamente enamorado de España. Buen estudioso y conocedor del arte, la cultura, la historia e incluso la política española, realizó una veintena de viajes al país, tuvo como amigos a destacados artistas españoles a quienes invitaba a las tertulias que organizaba en su casa de París, coleccionó objetos de artes suntuarias que fue recogiendo en sus viajes a España e hizo investigaciones sobre ellos que publicó en artículos de revistas y dos libros editados en Francia (Sanz 224). Es el autor del texto, pero en el comienzo del relato admite sus limitaciones como escritor y da el mayor valor a lo que dibuje Doré. Davillier ya había viajado a España en nueve ocasiones y como explica es su buen amigo quien le anima a llevar a cabo el viaje que hacen juntos. Va con ellos también el hermano de Davillier, y el plan de este era el de llevar a un cuarto acompañante, «uno de nuestros escritores más ingeniosos»

para que redactara los textos, por lo que él sería solo el guía, pero ocupaciones en París no permiten finalmente a ese escritor emprender el viaje (Doré y Davillier *Viaje* vol. I, 10).

Davillier da además en esos primeros párrafos un anticipo de lo que sería el libro: una mezcla de lo típico y lo tópico que se puede ver en otros relatos de viajeros extranjeros con importantes aportaciones que lo diferencian de ellos. Así, afirma que solo Doré era el pintor que «debía darnos a conocer España. No esa España de opereta», dando a entender que esta era la que habían mostrado los demás libros, sino «la verdadera España», pero añade a continuación la frase con más estereotipos de todo el suyo: «con sus rústicos aragoneses, sus vigorosos catalanes, sus valencianos medio desnudos y tostados como cabileños, sus andaluces de trajes de cuero leonado y sus nobles castellanos, tan hábiles en vestirse con los más inverosímiles andrajos», (I, 11) tópicos muy repetidos por los viajeros de la época. Más adelante, en medio de su narración del viaje en Castilla la Vieja, con uno sus habituales incisos sobre otros temas que rompen el relato de lo que cuenta, ofrece su opinión sobre lo dicho de España en otros libros, mostrándose por completamente disconforme con ello, y por lo tanto indica que cree que él no está cometiendo esos errores. Después de opinar que «nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos tienen derecho a hablar con entusiasmo de las glorias de su país», por lo que «no debe nadie asombrarse de la susceptibilidad de los españoles, respecto a ciertos autores extranjeros que han hablado de su país», explica que «tal vez es España el país del mundo del que más mentiras y falsedades se han propagado» y da varios ejemplos de autores cuyos libros han recibido críticas en España por ese motivo: entre ellos están un autor inglés de un *Handbook for travellers*, esto es, Ford, Alexandre Dumas por su *De París a Cádiz impresiones de viaje* de 1847 y Gautier; de este último no ofrece ejemplos de mentiras o falsedades, pero sí de los dos primeros,

sin mostrar compasión por las fábulas con que ridiculizaba a España su célebre compatriota. Añade además lo que había leído en España en un artículo de revista titulado *Los viajeros franceses*, tonterías que no merecían ni ser refutadas, «¡mentiras y disparates!» (Doré y Davillier *Viaje* vol. II, 295-96).

En el texto de Davillier no se ven errores que puedan recibir estos calificativos, pues él es un hombre buen conocedor de España, pero sí se encuentran bastante de lo típico y lo tópico que abunda en otros autores. El mayor de ellos es el orientalismo o arabismo, como veremos, aunque sea en un grado mucho menos exagerado que el de Gauthier y la mayoría de sus compatriotas. Hay también fiestas populares, tauromaquia y toreros, gitanos, danzas y vestidos regionales, etc., pero en estos casos no parece que esté hablando sobre lo que desea ver en lugar de lo que realmente ve. No contempla, por ejemplo, gitanos y toreros por todas partes: a la mayoría de los primeros los ve en Sevilla en el barrio de Triana, que era en efecto un lugar de numerosa población gitana; la única vez que ve a toreros fuera del contexto de las corridas es en la Puerta del Sol de Madrid, y la descripción que hace del traje y aspecto de los hombres que están charlando en una esquina de la plaza es ciertamente la de un torero. Más importante, cuando observa por primera vez a esa gente, actividades y lugares dedica gran parte del texto a informar al lector con una explicación erudita de la que no se perciben fallos, pues esta es la principal característica del texto que lo diferencian más de otros libros: hay una explicación de un hombre culto con buen conocimiento de la cultura, la historia, el arte, la sociedad, la política, etc. de España, que informa mostrando lo mucho que ha leído de España escrito por españoles y que continúa leyendo, pues le gusta destacar cosas que ha leído en los periódicos y folletos que encuentra en las ciudades que visita, y también lo mucho que ya ha viajado por España. Le gusta destacar los cambios positi-

vos del país frente a lo que los autores anteriores habían criticado, como la menor presencia de bandoleros, la expansión del ferrocarril, el nuevo aspecto monumental de Madrid o la industrialización de una ciudad de la meseta, Valladolid. Las burlas las hace con cosas que ya habían sido objeto de burla por los españoles, como la ridícula agua del Manzanares y un inmenso puente de Segovia sobre lo que es poco más que un arroyo.

Aunque en este trabajo prestamos atención al texto, hay que destacar también que el hecho de que sea una obra tan ilustrada, con 309 dibujos de Doré, lo asemeja al *Voyage* de Laborde y lo diferencia de la forma más marcada al resto de libros. Hace recuperar el sentido original de lo pintoresco: aquello que merece ser pintado. Lo pintoresco no es solo narrado, sino también pintado, y por un artista de gran fama.

Como hemos dicho, comentaremos también el libro, a partir del siguiente párrafo, según las regiones por las discurre el viaje, y estas son las que Davillier distingue según el orden de llegada: Cataluña, Valencia, Murcia, Andalucía, Extremadura, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Galicia, Asturias, Navarra, Aragón, Provincias Vascongadas y Mallorca. Lo que podría llamar la atención de acuerdo a la división de España anterior a la moderna de comunidades autónomas es la ausencia de León, pero debemos tener en cuenta que hubo un momento a mediados del siglo XIX —como lo había habido a inicios del XVIII respecto a Granada y Andalucía— en que Castilla la Vieja «incorpora» al antiguo reino leonés y lo mantiene en esa división hasta el primer tercio del siglo XX —de ahí que en el proyecto de España federal de la I República las tres provincias leonesas formen parte de ella, los castellanos de los que habla Rosalía de Castro se encuentran al otro lado de la frontera

gallega o los intelectuales de principios del siglo XX identifiquen a Castilla con la Meseta—.

### 3.- EL *VIAJE POR ESPAÑA* DE DAVILLIER Y DORÉ: UNA DIVISIÓN POR REGIONES

El viaje por España comienza en Cataluña, tras entrar por la Junquera. Visitan Barcelona, el monasterio de Montserrat, Tarragona y Tortosa. De los catalanes dice que no se consideran españoles, hablan una lengua particular y son industriosos y trabajadores. A su capital y comarca no la encuentra especialmente atractiva ya que no ve pintoresquismo en un lugar tan industrializado. Pero le sirve para comentar la Inquisición al visitar una antigua prisión y el garrote vil al contemplar una ejecución. Sobre la primera no hace burla ni le dará más importancia en el libro, como sí hacen especialmente Ford y otros viajeros ingleses, que parecen empeñados en describir un país de fanáticos católicos.

Mucho más interesante les parece el viaje por Valencia, región a la que dedica un texto muy largo. Es en esta región en puede parecer que Davillier comienza a caer de un modo exagerado en los tópicos de lo árabe u oriental, en una tendencia que seguirá con el viaje por Murcia y Andalucía. Así nos puede parecer a los lectores del presente, pero lo cierto es que era algo repetido en todos los libros. A Davillier le parecen orientales todas las ciudades con calles tortuosas y estrechas, porque esto era algo que habían «aprendido» los franceses tras conquistar Argelia. Retoma lo que había dicho sobre los valencianos medio desnudos y tostados como cabileños al comienzo del libro: el traje de los hombres en la provincia de Valencia, por el pañuelo que se anudan en la cabeza con las puntas hacia arriba, es sin duda un recuerdo del turbante oriental; la huerta de Gandía le parece el paraíso terrestre de los árabes de occidente; los hombres que cultivan la huerta de Orihuela

parecen más africanos que europeos; las altas palmeras de los jardines particulares tienen una fisonomía oriental, etc. Así eran vistos por la mayoría de los viajeros franceses Valencia y los valencianos, por lo que los comentarios de Davillier no resultan más exagerados que los de otros. Él, al menos, no encuentra en Alicante «los minaretes cantados por Víctor Hugo en una de sus más encantadoras orientales» y reconoce tras la búsqueda infructuosa que esa descripción «deja un poco que desear por lo que se refiere a la exactitud» (Doré y Davillier *Viaje* vol. I, 148)<sup>1</sup>. En la ciudad de Valencia, donde les llama la atención la belleza de sus mujeres, ven por primera vez una corrida de toros, por lo que ofrece una primera explicación de la tauromaquia, que continuará en Sevilla. Habla de las ganaderías, la herradura, los novillos, los vaqueros y cabestros, el viaje de los toros a la plaza, los apartados del encierro, la plaza de toros, los carteles y programas de las corridas, las cuadrillas y los toreros.

Del breve viaje en Murcia solo se puede destacar que ve lo mismo que en Valencia: es una de las provincias que conservan mejor los restos de las tradiciones de Oriente y la fisonomía de sus habitantes también parecen orientales.

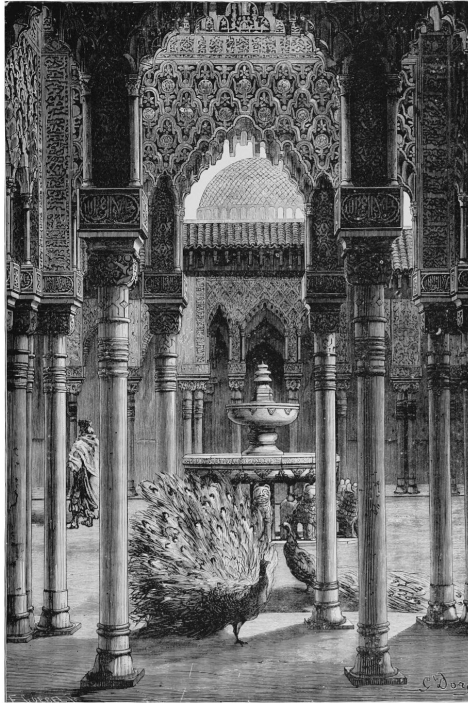
El viaje en Andalucía es el más largo, con visitas a Granada, Jaén, Málaga, Cádiz, Sevilla y Córdoba, por lo que ocupa la mayor parte del primer volumen. Hemos visto como una de las críticas que se han hecho, mirando desde el presente, a los viajeros extranjeros del siglo XIX, es que tiendan a identificar Andalucía con España y pasen allí la mayor parte del tiempo, ignorando el resto del país. A Davillier no se le puede acusar de ello, pues no hace en ningún momento tal identificación, viaja por toda España y explica cada una de sus regiones. Esas críticas, además, parece que no tienen en

---

[1] Al multiplicarse las referencias creemos que no es necesario seguir situándolas en el texto.

cuenta lo que podía ofrecer España al turista francés o inglés: a falta de ciudades con monumentos renacentistas, barrocos o neoclásicos de la fama y el número de los de Francia o Italia, y con Madrid y Barcelona aún sin ensanchar y en el caso de la segunda sin ser maquillada de gótica, es lógico que Sevilla, Córdoba o Granada destacasen sobre el resto del país con su alcázar, catedral, mezquita o Alhambra. A esta no solo le dedica palabras como «ruinas sin igual, testigos de tantas escenas de amor y de sangre» sino también una detallada y completa explicación que demuestra lo erudito que era Davillier sobre España, y que sirve al lector extranjero de su época para entender el monumento. La ciudad que más le gusta de España es claramente Sevilla, a la que dedica varios capítulos. Describe sus monumentos más famosos, el alcázar, la catedral, la Giralda, el ayuntamiento, etc.; las calles, plazas y jardines; la universidad; los vestidos de los hombres y las mujeres, cuya belleza rivaliza con las valencianas; los teatros; los gitanos del barrio de Triana; la fábrica de tabaco... Han llegado en abril, seguramente de forma intencionada para poder ver la Semana Santa y la Feria de Sevilla. Sobre la primera hace una descripción de las procesiones, las cofradías, los vestidos de los nazarenos, los pasos, las misas en la catedral, etc. La Feria se había fundado en 1847 y se celebraba en el Prado de San Sebastián; Davillier nos describe cómo era entonces, con la compra y venta de ganado y productos agrícolas, las casetas, los gitanos mezclados con la gente elegante, la música, etc. En Sevilla también asisten a dos espectáculos de danza y una corrida de toros, lo que sirve a Davillier para mostrar sus conocimientos sobre las danzas españolas y el arte de la tauromaquia. La última ciudad que visitan de Andalucía es Córdoba, a la que Davillier presenta con las palabras de «no hay ciudad en España y casi puede decirse en Europa, que pueda enorgullecerse de un pasado más glorioso». Visitan la

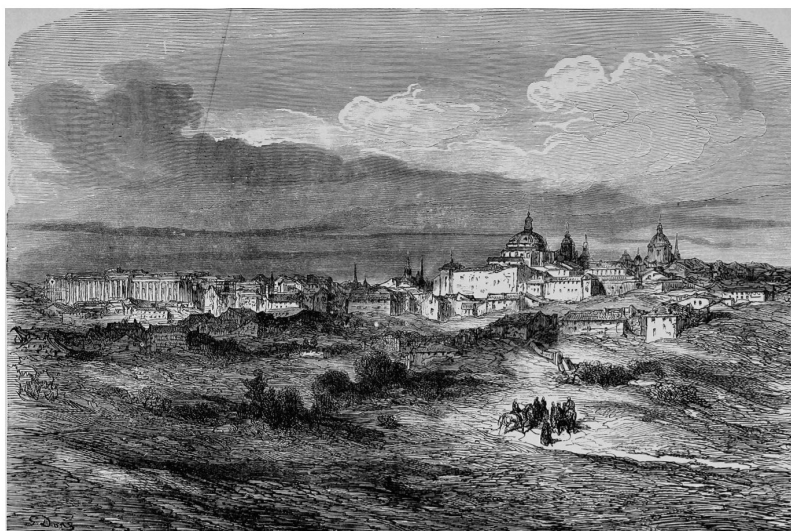
Mezquita, de la que Davillier cuenta su historia, y observan una serenata.



**Fig. 1.-** (Doré) Granada: patio de los leones, 1864.

A Castilla la Nueva llegan cuando cruzan Despeñaperros, y el paso por La Mancha sirve a Davillier para hablarnos de don Quijote, un libro que ilustrará Doré en Francia. Desde allí entran en Extremadura para volver por la provincia de Toledo y visitar esta ciudad, Aranjuez y Madrid, conectadas ya por ferrocarril, lo que agradece Davillier. En la capital, alaba la belleza y mejoramiento de la ciudad que ha supuesto la nueva Plaza de la Puerta del Sol, y la extensión del Paseo de Prado y Recoletos fuera de una cerca que aún no había sido derribada con el nuevo Paseo de la Fuente Castellana. A Doré también le resulta una ciudad bella, y dibuja la fachada del Palacio Real desde el Paseo de

la Florida, la fuente y estatua de Felipe IV en la Plaza de Oriente, la Cibeles y otras fuentes del eje Prado-Recoletos-Castellana. «Con sus mejoras actuales y sus trescientos cincuenta mil habitantes, Madrid es hoy digna de ser considerada la primera ciudad y capital de España», especialmente por lo que llama «recursos intelectuales», «los tesoros que sus bibliotecas y sus muesos ofrecen a los artistas y a los sabios». Davillier presenta el Museo del Prado, entonces llamado Museo Real de Madrid, como «el más rico del mundo entero».



**Fig. 2.-** (Doré) Madrid: vista general, 1869.

El viaje en Extremadura es corto y les sirve para visitar Trujillo, Mérida y Badajoz. Explica que «se dice que Extremadura es la región menos poblada de España; tampoco hay otra cuyos habitantes estén más atrasados», pero admiran el pasado romano de Mérida.

A Castilla la Vieja llegan desde Madrid. Davillier la presenta como la mayor región de España formada por once provincias. En Segovia visitan el Acueducto, una de las obras romanas más importantes de

Europa, el Alcázar y la Catedral, una de las más bellas del país. En Ávila admira también su catedral y sus murallas con torres doradas. De allí van a Salamanca, una ciudad que le decepciona porque no responde a lo que había leído y escuchado de ella. Se parecía muy poco a la descrita por Víctor Hugo en sus *Orientales*, por la decadencia de su universidad, ya que «los estudiantes han desertado desde hace mucho tiempo de su universidad, antaño tan famosa, y los bachilleres son desconocidos ahora en ella». Destaca no obstante la belleza de la Plaza Mayor, una de las más hermosas y grandes de España. De Salamanca van a Valladolid en ferrocarril, parando en Zamora y Medina del Campo. La primera es una pequeña ciudad en la que aparte de su catedral, no les impresiona, hay poco que ver y sigue tan atrasada sin apenas industria a pesar de la llegada del ferrocarril. Cuando entra en Valladolid se sorprenden. «La llegada a Valladolid produce en el viajero una impresión a la cual no está habituado en España. Por todos lados se alzan las altas chimeneas de ladrillo de numerosas fábricas que oscurecen el cielo con su negro humo. Uno se encuentra en una ciudad activa y laboriosa. Después de Barcelona, Valladolid es la ciudad más industrial de la Provincia». En la «acera de San Francisco» contemplan tiendas elegantes, sastres, modistas, sombrereros, peluqueros, numerosos *kioskos*, lo que hace comparar a Davillier la vía con el *boulevard des Italiens* de París. Su siguiente destino es León, y queda decepcionado al encontrar una ciudad sin esplendor. El viaje continúa hasta Astorga, pequeña ciudad que les resulta más interesante por su feria y su industria de fabricación de chocolate, y que les sirve para presentar el cercano país de la Maragatería y contar las costumbres y vestimenta de los maragatos. Entran entonces en Galicia y luego en Asturias. El viaje por Castilla la Vieja continúa luego por Burgos, ciudad a la que dedica un capítulo entero, y Logroño.

Galicia es la siguiente región de España que visitan tras dejar Castilla la Vieja. Todavía no se ha completado el ferrocarril que debe unir las dos regiones. La diligencia atraviesa el Bierzo antes de entrar en Galicia, y los viajeros se llenan de satisfacción al ver el contraste que ofrece la verde comarca, «una de las más pintorescas y menos conocidas de España», frente a la aridez de la meseta. Se encuentran en «plena Galicia» al llegar a Lugo. Davillier dedica a continuación el más largo texto del libro a hablar acerca de los gallegos que todos los años salen a las diferentes provincias de España, «a hacer la siega». Deben abandonar su fértil y verde tierra para trabajar en un ambiente muy distinto, en áridas y secas llanuras sin apenas sombra. Davillier habla también de su «lengua especial» y sus danzas y música. Comenta poco del viaje que hacen, en el que además de Lugo visitan Santiago de Compostela. La catedral de la segunda, que presenta como la más antigua de España, no le resulta de especial belleza con la excepción de su Pórtico de la Gloria.

El «antiguo Principado de Asturias» es la provincia de Oviedo. Es descrita como una de las regiones más «accidentadas», «salvajes» y «selváticas» de España. Es poco conocida por los turistas por la dificultad de las comunicaciones, pues sus abruptas montañas la aíslan de la meseta de Castilla la Vieja. Desde la provincia de León solo se puede llegar a Asturias por una única carretera practicable para las diligencias que discurre por el desfiladero del Puerto de Pajares. Cuenta Davillier la importancia de Asturias para la Historia de España, por don Pelayo, la batalla de Covadonga y el reino asturiano. Visitan Oviedo, la capital de la provincia, y su catedral les parece un edificio bello y elegante, aunque de pequeño tamaño.

En Navarra entran desde la provincia de Logroño y solo visitan Tudela. Davillier explica que los navarros del norte son «activos, ágiles

y trabajadores», como «sus vecinos los vascos», y los del sur se parecen a los aragoneses por bailar su propia versión de la jota.

En Aragón llegan por ferrocarril desde Navarra. La región es «una de las provincias más interesantes de la Península» ignorada por otros viajeros, cuyos habitantes eran «no menos famosos antaño que los de Castilla por su orgullo», y su capital, Zaragoza, también una de las ciudades más interesantes de España y de las más antiguas.

En las Provincias Vascas entran saliendo de Castilla la Vieja por Miranda del Ebro, pues toman el ferrocarril de vuelta a esta ciudad desde Zaragoza. Los vascos se llaman a sí mismos *euskaldunac*, a su lengua *eúscara* y a su país *Euscalerria*. «Se dice que los vascos todos se creen hidalgos, y los más puros y más antiguos caballeros de España», por lo que no es sorprendente encontrar continuamente, incluso en las aldeas más pequeñas, mansiones nobles con un escudo con las armas del dueño adornando su puerta principal. La lengua de los vascos es tan «peculiar» que solo ellos la comprenden, aunque Davillier cita unas palabras atribuidas al italiano Julio César Escaligero que ponen en duda esto: «Se cree que estas gentes se entienden entre sí; por mi parte, no lo creo». Hay un dicho español que cuenta que el Diablo, después de haber estudiado el vascuence en Bilbao durante siete años solo consiguió aprender tres palabras. También recuerda al vizcaíno de *Don Quijote*, al que Cervantes hace hablar en «mala lengua castellana y peor vizcaína». Visitan Vitoria, San Sebastián y otros varios lugares de Guipúzcoa, para terminar su viaje cruzando el Bidasoa.

Posiblemente después, sin explicar cuándo y cómo, visitan la isla de Mallorca, «uno de los países más bellos de la tierra y también uno de los más ignorados».

## BIBLIOGRAFÍA

- Calvo Serraller, Francisco (1981). «Los viajeros románticos franceses y el mito de España» en (VV.AA) *Imagen romántica de España*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Doré, Gustave, y Charles Davillier (1984). *Viaje por España*, volumen I. Madrid: Editorial Grech.
- Doré, Gustave, y Charles davillier (1984). *Viaje por España*, volumen II. Madrid: Editorial Grech.
- Dumas, Alexandre (2002). *De París a Cádiz impresiones de viaje*. Valencia: Pre-Textos.
- Ford, Richard (1922). *Cosas de España (el país de lo imprevisto)*, 2 vols. Traducción y prólogo de Enrique de Mesa. Madrid: Jiménez Fraud.
- García-Romeral Pérez, Carlos (1999). *Bio-bibliografía de los viajeros por España y Portugal (s. XIX)*. Madrid: Olleros & Ramos.
- Gautier, Théophile (1981). *Voyage en Espagne*. París: Gallimard.
- González Moreno, Beatriz y Fernando González Moreno (2020). «El viaje pintoresco: España a través de Charles Davillier y Gustave Doré», en *Estudios en homenaje a Juan Bravo Castillo*, coord. por Hans Christian Hagedorn, Silvia Molina Plaza y Margarita Rigal Aragón. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, (pp. 553-564).
- Mesonero Romanos, Ramón de (1983). *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*. Madrid: Miraguano.
- Palacios Bernal, Concepción (2007-2008). «Le voyage en Espagne de Davillier y Doré». *Estudios Románicos*, Vol. 16-17, (pp. 815-826).
- Peñate Rivero, Julio (2011). «Viajeros españoles por Europa en los años cuarenta del siglo XIX: tres formas de entender el relato de *viaje*». *Revista de Literatura*, 73 (145), (pp. 245-268).
- Sanz Serrano, María Jesús (2000). «El barón Davillier, viajero y coleccionista», en *Laboratorio de Arte*, 13, (pp. 223-240).